

HOMENAJE A JULIO GODIO

JULIO, MI VIEJO

Matías Godio
Buenos Aires, marzo 2021

Son muchos los recuerdos.

Desde aquellos días del 76 en que remontaba cartas en globos para él ya en el exilio, o saludaba los aviones convencido que iba en uno de ellos.

Los años en Venezuela, en la Cinemateca, las nohécitas en Sabana Grande o en Plaza La Castellana.

Hasta sus últimos años, acompañándolo a “patear” la pelota a los bosques de Palermo, o a tomar un “cafecito” por el barrio. Desde mis 8 o 9 años hasta su partida, en Caracas, Lima, Santiago o Buenos Aires siempre me seducía con su imagen y llevaba con su pregunta-afirmación: “¿vamos a tomar un cafecito?”.

Allí me hablaba poco de su vida cotidiana o su trabajo, o de sus sentimientos.

Pero lo hacía de otra forma.

Recuerdo cuando me llevaba a la cinemateca de Caracas. Me dejaba viendo Chaplin y me esperaba en un cafecito.

Cuando yo llegaba después de ver la película me pedía que se la contara.

En Buenos Aires, a la vuelta de la democracia me llevaba al cine Hebraica. Yo tenía 16 años.

Una vez me dejó tres horas viendo a “Andrei Rubliov” de Tarkovski, otra vez “Venga y vea”, de Klimov.

Luego la librería Ghandi y un cafecito en Politeama, en la calle Corrientes: “acá venía Otalagano”, me decía, el nefasto interventor de la UBA y de la triple AAA.

Quería convencerme que me vaya de la Argentina a Europa a estudiar.

Lo hizo, me fui a los 17 y volví, como otra vez, como él. “¿Y qué pensás de la película?” me preguntaba mientras manipulaba su pipa.

En los 90 decidió aprender inglés por su trabajo en la OIT. Lo hacía en un siempre “cafecito”, leyendo en simultáneo el mismo libro en español e inglés. Así se puso a leer la construcción del capitalismo norteamericano. Al fin de cuentas Marx había escrito que sería allí donde comenzaría el socialismo.

En nuestras charlas de ese periodo comenzó a hablar de la conquista del oeste en aquél país, comparándola con nuestra conquista del sur, la de Roca & Cia.

Claro, como esa lectura pasaba por el tamiz del pensamiento y la acción en Lenin, su conclusión era: así como la clase dominante norteamericana había tomado para sí la “tarea civilizatoria” -así la llamaba- de desarrollar el campo y la ciudad en el oeste teniendo como eje los *farmers*, así como el socialismo de la NEP se habían propuesto sustituir a la burguesía rusa en su incapacidad de “realizar” el capitalismo en aquél país, el movimiento obrero argentino debía también pensar a la sociedad argentina como un todo, debía ponerse al frente de sus “tareas civilizatorias” y de alguna forma del desarrollo del capitalismo argentino.

Debía ser fundamentalmente “socio-político”, es decir, ser capaz de dirigir las grandes demandas sociales que habían surgido del peronismo y había abandonado nuestra clase dominante, entre ellas la industrialización y la ocupación del sur y del interior.

“Hay que asumir esas tareas” decía cuando pensaba en el abandono de las grandes estaciones de trenes que se intentaron recuperar los últimos años.

Más allá del maquillaje que le daba mi viejo, de eso se trataba el “sindicalismo sociopolítico”, de liberar al campo sindical de su impronta gremial para pensar más allá de los propios

trabajadores, eso era para él un pasaje necesario “del sindicalismo hacia el verdadero movimiento obrero.”

Fue recién a fines del los 90, después de dejar la OIT cuando empezó su verdadera vida porteña, ya establecido en su casa de la calle Uriarte.

Se levantaba a la mañana, iba al cafecito de la esquina a leer los diarios, tomaba un taxi hasta sus “lugares” de trabajo, donde sin reservas compartía su saber entre charlas informales y actividades serias.

Almorzaba y volvía por su siesta.

A las 17 se iba correr un rato, muchas veces con la pelota bajo el brazo buscando partners en cualquier rincón. En una época había convencido a dos o tres obreros de una obra cercana para que lo acompañaran hasta los bosques. también lo vi convencer a un heladero en su bicicleta a que se prenda en el picado.

Era el único momento en que dejaba descansar su pipa y su tabaco.

Un baño y de nuevo a otro cafecito, ahora en uno de los bares del barrio que tenía para escribir sus diez o veinte páginas diarias, las que después se transformaban en artículos y capítulos de libros.

Siempre a mano su pipa sobre la mesa. Volvía a su casa, cenaba austeramente, y nuevamente al ruedo, a los cafecitos para cerrar su noche.

En sus últimos años eso cambió un poco creo.

El reencuentro y su segunda y breve vida con Susana, mi mamá, de quien se había separado 30 años antes, hizo volver otras cosas: el cine, algunos viajes por placer y los encuentros con amigos de los que se había alejado.